

terialista, y á David Nieto, panteísta decidido en el tratado *De la naturaleza naturante*, y á Molinos, partidario de la *aniquilación* y del *nirvana*. ¿Ha leído el señor del Perojo la *Guía Espiritual*? Pues léala, y verá que aquel hereje no era ningún sacristán de monjas, y que su doctrina tiene más intrínquilis de lo que parece, como que ahora mismo renace en Inglaterra, y tiene muchas analogías con el pesimismo moderno <sup>1</sup>. Tuvo además el siglo xvii moralistas como Quevedo y Gracián, políticos como Saavedra, Hernández Navarrete y bastantes más, porque, como arreciaban los males de la monarquía, pululaban los arbitrios y los remedios, sin que faltasen economistas como Struzzi y Dormer que solicitasen la libertad de comercio <sup>2</sup>.

Todo esto, más la pintura, la crítica histórica

bre de singular ingenio, le atribuye peregrinos estudios en las lenguas orientales, incluso el chino, y le considera como un innovador enciclopédico, autor de una nueva escolástica. En su *Mathesis Audax* se propuso resolver por método geométrico todas las controversias lógicas, físicas y matemáticas. Proclamó audazmente la libertad filosófica: *Tandem iterum excussumus servile jugum, et veritatem unam potius hodie quam totum Peripatum curavimus*. Respecto de Descartes, vaticinó que, « quitadas ó alteradas muy pocas opiniones suyas, las demás triunfarían y llegarían á ser comunes ». (*Pauculis opinionibus de-circinatis aut sublatís, ceteras irrepere et fore aliquando communes.*) Brucker transcribe la extraña clasificación que Caramuel hizo de las ciencias filosóficas. (Nota de esta edición.)

<sup>1</sup> Véanse los libros de J. Henry Shorthouse, especialmente su novela *John Inglesant*, y sus *Golden Thoughts from the spiritual Guide of Miguel Molinos*. (Glasgow, 1883).

(Nota de esta edición.)

<sup>2</sup> Dice el Dr. D. Diego Josef Dormer en los *Discursos histó-*

y el teatro, nos dejó en herencia el cuarto y más calamitoso de los siglos inquisitoriales.

El quinto, ó sea el xviii, nada tiene de inquisitorial, y, por lo tanto, es excusado hablar de él. Religiosa y políticamente, la dinastía francesa

*rico-políticos* que en 1684 dirigió á las Cortes de Aragón, congregadas por Carlos II:

« Estando prohibidas las mercaderías extranjeras, se quita necesariamente la ocasión y el medio para el despacho de los frutos y cosas propias, pues el que trae lo uno, lleva lo otro, consistiendo en esto el arte del mercader. Y últimamente se ha de reparar que la prohibición no sirve, como se tiene experiencia, sino para que se vendan más caras las mercaderías y de menos provecho, porque la misma dificultad de ellas hace que no haya elección y que se deseen y soliciten más, y á su interés se añade el de los mercaderes y de los que los cubren, que todo lo reclama el mercader; y la generalidad no saca fruto alguno, sino muchísimo daño, por cargar en otras cosas lo que se excusan en esto, por ocasión de haberlo prohibido. »

Alberto Struzzi, en su *Diálogo sobre el comercio de estos reinos de Castilla* (1624), sostiene que por ley natural el comercio es libre; que siendo las tierras de diversas disposiciones, es necesaria la permuta de las cosas; que la libertad del tráfico procura la abundancia y baratura de los frutos y artefactos; que la prohibición de las mercaderías necesarias es perjudicial; que la naturaleza del comercio lleva consigo la compensación de las mercaderías que salen del reino; que empeñarse en matar el contrabando es querer poner puertas al campo; que el oro y la plata de España no deben quedar en ella, porque si no, dejaría de haber comercio y alcabalas para S. M.; que no entrando las mejores obras del extranjero, los naturales no podrán imitarlas; que no bastando nuestras fábricas á surtir los mercados de Indias, excluir las mercaderías extranjeras sería privarnos de la mitad del oro y plata que viene de aquellas partes, ó dar lugar á que los extranjeros las llevasen directamente. « El decir prohibanse las mercaderías, es cosa fácil, mas la ejecución es muy dificultosa. »

(Colmeiro.—*Biblioteca de economistas españoles*, en el tomo 1

nos trajo grandísimas calamidades: el *jansenismo* y el *enciclopedismo*; la centralización y el cesarismo administrativo, manifestados con hechos

de las *Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, pág. 195.)

Véase cómo hasta los libre-cambistas pueden encontrar precedentes en nuestra ciencia tradicional, aunque el Sr. Orti y Lara, que es casi tan forastero en ella como los krausistas, pretendió probar un día que la doctrina económica del libre-cambio era novedad pésima de estos tiempos y contraria al espíritu del catolicismo. No pensaban así los inquisidores del siglo xvii, que dejaron correr con aprobación estos y otros libros nada proteccionistas.

Otro arbitrista del mismo tiempo, autor de una obra manuscrita intitulada *Arcanos de la dominación*, que ha desenterrado el Sr. Cánovas, establece claramente el principio ó *ley de población*, que ha dado tanta celebridad á Malthus: «No puede la tierra suplir á la propagación humana, que continuamente se va multiplicando. Conque, siendo de naturaleza contraria estas dos producciones, no obstante que dependen la una de la otra, es constante que ésta y aquélla buscan en vano su remedio, quedando sujetas á los siniestros accidentes que cada día se encuentran. Y para dar más luz á esta verdad, conviene saber cuánta es la superficie de la tierra, supuesto que siempre el número de los vivientes excede á su capacidad y á la cantidad de alimentos que puede producir, sin duda ninguna será violenta la curación de su mal, no pudiendo repararse sino por medio de la hambre, de la peste ó de la guerra».

Prosigue diciendo el autor anónimo, que «la tierra, en menos de cuatro siglos, estará mucho más poblada de lo que puede sustentar», y recomienda, entre otros remedios, más ó menos humanos, el celibato eclesiástico y aun el mero celibato, la limitación de los matrimonios, la exclusión de los casados de los destinos públicos, etc., etc.

Como se ve, el sistema de Malthus está completo en el anónimo, sin que falte siquiera el principio de la *coacción moral*. (Vid. Cánovas, *Problemas Contemporáneos*, tomo 1, páginas 329 á 360.)

(Nota de esta edición.)

brutales, é inconcebibles casi, como la expulsión de los Jesuitas; la ruina completa de nuestras libertades provinciales, que, á lo menos en la forma, habían respetado mucho más los reyes austriacos. Torcióse completamente el espíritu de la civilización española, torcimiento que dura aún por desgracia; no se combatió ya por el Catolicismo, sino por el *paño de familia*; mudó de carácter la literatura; alteróse radicalmente la lengua. El Santo Oficio, una de nuestras más españolas y castizas instituciones, siguió la universal decadencia.

Su último acto de energía fué el proceso de Macanaz. Después, regalistas y jansenistas le oprimen, le anulan y le convierten en instrumento. De otra suerte, ¿se conciben siquiera los infinitos atropellos contra la Iglesia cometidos por los consejeros de Carlos III? Cuando hombres como Aranda y Roda podían con un decreto deportar Órdenes religiosas, llamar á juicio Obispos, anular fundaciones pías, ¿qué podía ser la Inquisición sino un nombre y una sombra? ¿Qué podía ser allá á los fines del siglo, cuando eran inquisidores Arce, Llorente y Villanueva? No se hable, pues, de la Inquisición del siglo xviii, porque se reirán hasta las piedras.

Por fortuna, como la nación no estaba reducida á sus ministros, continuó su desarrollo literario y científico, que fué notable, aunque no tan español ni tan influyente como el de tiempos anteriores. Pero en muchas ciencias hubo evidente progreso, y otras renacieron, sin con-

tar una, y es la *filología*, en que nos pusimos á la cabeza del mundo con Hervás y Panduro. ¡Lástima que la España del siglo xix no haya recogido la tradición gloriosa de aquel Jesuíta, y que alemanes y rusos sean los que hayan venido á continuarla! Y eso que no ha habido Inquisición en más de cincuenta años. Pero la había cuando se imprimió el *Catálogo de las lenguas*. ¿Si tendremos que convenir en que la Inquisición era un gran medio para purificar la atmósfera y avivar los ingenios?

Ya lo ve V.; con el simple objeto de poner en claro la cronología inquisitorial, embrollada de propósito por los adversarios, he tenido que tocar un poco de todo, lo cual no me pesa, porque así quedan sentadas las bases históricas que nos han de servir para resolver la cuestión magna. Esta es la de la *filosofía*: pero como esta carta se va prolongando con exceso, y no es cosa de atropellar en cuatro líneas punto de tanta entidad, prefiero guardarle íntegro para una tercera epístola. Así como así, el engendro del Sr. Perojo es tan clavadito y tan mono, que lo mismo da cogerle por los pies que por el codo. Salto, pues, *provisionalmente*, á la página 348, y sección cuarta, en que nuestro sabio comienza á hablar de las ciencias exactas y naturales.

Acostumbraban los malos predicadores de la época gerundiana, cuando les faltaba verdadero asunto ó no sabían desarrollarle, acudir á ciertos registros ó almacenes llamados *Polianteas* y *Te-*

*tros de la vida humana*. En tales fuentes hacían acopio de una erudición indigesta, que propinaban luego, pegara bien ó no, á sus cristianos oyentes. Por lo visto, el Sr. Perojo topó en Heidelberg con algún discípulo de estos predicadores, que le enseñó á las mil maravillas el susodicho método. Para escribir su kilométrico artículo, sepultóse en alguna de esas *Polianteas* modernas que se llaman *enciclopedias* y *dicionarios*, se atarugó bien de vulgaridades y noticias de segunda mano, y las aderezó luego en forma de execrable almodrote. Con lo cual pensó haber puesto una pica en Flandes, y es seguro que dijo para sí: «¡Qué fácilmente se hace uno erudito en este siglo de las luces!» Ahora bien: todo ese castillo de naipes se viene á tierra con una observación sencillísima. No hay, no ha habido ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura. Ni los griegos mismos, privilegiados dentro de la humanidad, consiguieron eso. ¿Cuándo florecen las ciencias naturales en Grecia? En tiempo de Aristóteles y de Teofrasto, es decir, en tiempos de decadencia literaria, cuando á los oradores empezaban á sustituir los retóricos semejantes á Demetrio Falereo, cuando la tragedia agonizaba, cuando á la vigorosa comedia *antigua* había sustituido la prosaica y *burguesa* (como ahora dicen) comedia *nueva*. ¿Cuándo florecen las matemáticas? En tiempo de Arquímedes y de Euclides, es decir, en tiempo de una deca-

dencia todavía más general y señalada, desde la época alejandrina hasta la romana inclusive. Pues vamos á las naciones modernas.

La literatura alemana de los siglos xvi y xvii<sup>1</sup>, por lo que de ella alcanzamos con hastío y con asco los meridionales, ó no existe, ó es barbarie pura ó pedantería insufrible. El Sr. Perojo habrá aprendido en Heidelberg á entusiasmarse con esos poetas tudescos; pero á los que en esos dos siglos produjimos Ariostos y Tassos, Cervantes y Calderones, Shakespeares y Miltónes, Corneilles y Racines, nos crispa los nervios toda esa literatura hiperbórea. Total: que para llegar los alemanes al punto á que han llegado en este siglo, con dirección buena ó mala, que esto no es del caso, han tenido que pasar por doscientos años de ignominia literaria, en que italianos, españoles, franceses

<sup>1</sup> No hablo de la de la Edad Media, que tiene altísimo mérito, bastante más que la de la época de la Reforma, de la cual puede decirse que empezó por matar la literatura alemana, que no renace hasta fines del siglo xviii. ¿Qué cosa hay en la poesía alemana de los siglos xvi y xvii, que de cerca ni de lejos emule á la gigantesca creación épica de los *Nibelungen*, ó á las obras de Wolfram de Eschenbach, de Gotfrido de Strasburgo, de Gualtero de la Vogelweide? Este mérito *negativo* de la Reforma es uno de los que suelen dejar en la sombra sus pangeristas. ¡Valiente movimiento de civilización el que acelera la ruina de la arquitectura, rebaja la escultura y la pintura del noble oficio de expresar el ideal religioso, al trivial y mezquino de expresar sin poesía y sin ideal la vida doméstica, y condena á doscientos años de esterilidad literaria á una de las razas de Europa más activas, poéticas é inteligentes!

(Nota de esta edición.)

é ingleses podíamos llamarles á boca llena (y se lo llamábamos) *bárbaros*. ¿Carecía entretanto Alemania de todo género de cultura? Nada de eso: presenta grandes nombres en ciencias naturales, en ciencias exactas, en erudición histórica, en humanidades; posee además algunos místicos....; pero en cuanto á gusto, Dios le dé. La barbarie se *mascaba*. Pues veamos otro punto: ¿Dónde nació Copérnico? En Polonia. ¿Qué más dió Polonia en el siglo xvi? Nada, que sepamos. ¿Cuándo florecen Galileo y Torricelli en Italia? Á principios del siglo xvii, cuando decaía á todo andar el gusto literario en la península transalpina. ¿Cuándo nacen en Francia los Laplace, los Monge, los Lavoisier? En el siglo xviii, época de espantoso descenso filosófico, teológico, moral y literario. ¿Dónde nació Franklin? En la América inglesa. ¿Qué literatura, qué filosofía, qué crítica histórica poseían entonces aquellas colonias? Ninguna.

Y siempre lo mismo, porque es justo designio de Dios que las ciencias peregrinen de unas gentes á otras. Á veces sucede que tres ó cuatro ó cinco de ellas se encuentran en el viaje, pero todas jamás coinciden. Y esto ha sucedido en España.

En los tiempos medios florecen aquí la astronomía y las matemáticas, que recibimos de los árabes, y que de nosotros recibió toda Europa, después que las hicimos hablar en lengua castellana. En cambio, nuestra literatura de esos tiempos es ruda é incompleta aún; nuestra teo-

logía no llega, ni por asomo, á la que tuvimos en el siglo xvi. Humanidades no podía haberlas; los estudios históricos estaban asimismo en la infancia. Por el contrario, en el siglo xvi florecen la teología, la filosofía, la jurisprudencia, las humanidades, la medicina, la poesía lírica, la prosa, y si no decaen (porque esto no está probado), á lo menos quedan relegados al segundo término los estudios matemáticos y astronómicos. En el xvii imperan el teatro y la crítica histórica, y decaen la teología y otras ciencias, decaen la poesía lírica y la prosa. En el xviii desaparece, ó poco menos, el teatro; renacen la lírica y la prosa, falta casi del todo la teología, cultívanse con empeño las ciencias naturales, prosigue su camino la *crítica histórica*, y nace con Hervás la *filología comparada*, y con Andrés la *historia literaria*. Y este es el giro constante y perenne que han llevado las ciencias en nuestro suelo. Hasta podemos decir que somos afortunados entre todos los pueblos de la tierra; pues, más ó menos, y en una época ó en otra, lo hemos tenido todo. Con lo cual quedan, *ipso facto*, invalidadas todas las deducciones que el señor del Perojo saca malamente del menor adelanto de algunas ciencias en diversas épocas, atraso reconocido por mí una porción de veces. Ahora voy á hacer algunas observaciones de pormenor sobre el fárrago *perojino*.

*Astronomía.* En ésta se detiene con particular predilección, haciendo grandes y justos encomios de la ciencia árabe y hebrea, en todo lo

cual estamos conformes <sup>1</sup>. También lo estoy en cuanto á las *Tablas Alfonsinas*, y todo lo demás

<sup>1</sup> Pero aun en esto mismo aparece muy mal enterado, ó, por mejor decir, muy atrasado de noticias. ¿Qué nos dice, por ejemplo, del madrileño Abul Cassem Moslema, escritor del siglo x, á quien llama el Dr. Leclerc, en su reciente y eruditísima *Historia de la Medicina Árabe*, «el primer gran nombre de la España sabia», célebre, no sólo por sus comentarios sobre el *Almagesto* de Tolomeo y las tablas de Albategui, y por su libro del Astrolabio, sino por haber fundado en Córdoba una escuela, que tuvo numerosos y muy ilustres discípulos? Moslema era, no solamente matemático y astrónomo, sino alquimista, zoólogo, mineralogista, y, en suma, un hombre enciclopédico, que influyó portentosamente en el desarrollo científico de aquella edad remota. Nada nos dice tampoco de las *tablas* de Aben Essamej (que enseñó y murió en Granada), ni de su *Introducción á las Matemáticas*, ni de su tratado de la construcción y uso del astrolabio, materias en que se ejerció también su contemporáneo Aben Essoffar, discípulo, como él, de Moslema.

Al ilustre astrónomo sevillano Alpetragio (*Abu-Isaac-al-Bitrogí*) le llama, no sé por qué, *Alpetrarga*, y omite su principal mérito, que es haberse opuesto al sistema del mundo de Tolomeo, no sólo en puntos particulares, como ya lo habían hecho el cordobés Azarquiel, en cuanto al movimiento de la esfera de las estrellas fijas, y Jaber ben Afla de Sevilla, en cuanto al orden de las esferas del sol, de Venus y de Mercurio, sino atacando el fondo mismo del sistema, en sus hipótesis más esenciales, como la de los epiciclos, la de las excéntricas y la de los dos movimientos opuestos de las esferas. En esto Alpetragio era un eco de las ideas cosmológicas de nuestros filósofos Avempace, Thofail y Averroes, que siempre advirtieron gran discordancia entre las hipótesis de Tolomeo y las teorías de Aristóteles acerca del movimiento. Alpetragio, pues, trató de poner de acuerdo la astronomía con la física, excogitando un nuevo sistema del mundo, según el cual, todas las esferas siguen el movimiento é impulso de la esfera superior y vacía que está sobre la de las estrellas fijas. Todas las esferas se mueven de Oriente á Occidente; pero conforme están más

que luego dice<sup>1</sup>. Hay, sin embargo, en este párrafo dos *lapsus* de cuantía: primero, suponer que nuestros padres, *antes de la infiltración del saber semítico*, no tenían otra cosa recomendable que su fe cristiana. Este es un despropósito que no me-

lejanas de la esfera, su movimiento es menos rápido, porque reciben con menos intensidad el impulso de la esfera motriz. Esto basta para explicar su *recessus* aparente, sin que sea preciso atribuirles un movimiento retrógrado de Occidente á Oriente. Las diferentes esferas tienen sus polos particulares, con desviación respecto de los polos de la esfera superior: cada una de ellas, siguiendo el movimiento diurno de la esfera superior, realiza otro alrededor de su propio eje. De estos dos movimientos resulta un movimiento espiral, que produce la desviación de los astros hacia el Norte ó el Mediodía. Así se explican las desigualdades que se advierten en el movimiento de los astros, sin que sea necesario recurrir á las hipótesis de las excentricas y de los epiciclos. La obra de Alpetragio tuvo mucho crédito en la Edad Media, y fué traducida al latín en 1217 por Miguel Scoto.

(Vide Munk, *Mélanges de philosophie arabe et juive*, páginas 518 á 522, y Leclerc, *Histoire de la médecine arabe*: París, 1876.)

Nótese, y esto es importante, que Alpetragio, el astrónomo más original de todo el arabismo, era *cristiano español renegado*, según Casiri y Leclerc, que cita, en apoyo de esta opinión, pasajes de sus propias obras. (Nota de esta edición.)

<sup>1</sup> Sin que esto sea menoscabar en un ápice el mérito de las empresas científicas de Alfonso el Sabio, hay que recordar siempre que en ellas había sido precedido, desde los tiempos del Emperador Alfonso VII, por la escuela de traductores de Toledo, que fundó y protegió el Arzobispo D. Raimundo. Á ella pertenecía el converso del judaísmo Juan de Sevilla ó Juan de Luna, que hizo conocer en Europa los *Elementos de Astronomía de Alfergán (Liber de scientia astrorum et radicibus motuum coelestium)*, el *Quadripartito* y el *Centiloquio de Tolomeo*, la *Iságoe*, ó Introducción de Albumazar á la *Astrología*, la de Alchabitio, y muchas obras del astrónomo judío

rece respuesta<sup>1</sup>. Los cristianos conservaban en cuanto á ciencia, nada menos que la tradición *isidoriana*, y ni un momento se interrumpió durante la Edad Media el estudio de las *Etimologías*. En los tiempos más calamitosos, en el siglo VIII y en el IX, vive, y no sin gloria, la ciencia española. Los muzárabes cordobeses, San Eulogio, Alvaro, Sansón, *Spera in Deo*, conservan por su parte el tesoro de las antiguas enseñan-

Macha Allah. Con estos trabajos se enlazan los de varios extranjeros, que vinieron á España anhelosos de conocer en sus fuentes la ciencia arábigo-judaica. De ellos parece haber sido el más antiguo el llamado *Plato Tiburtinus* (Platón de Tivoli), traductor del Compendio de Astronomía de Albategui (*De numeris stellarum et locis motuum earum*), del *Tetrabiblón* de Tolomeo, de la *Astrología* de Alkassem, del libro de Aben Essofar sobre el astrolabio, etc. Y el más célebre de todos, por lo fecundo é infatigable, fué Gerardo de Cremona, el hombre de la Edad Media que puso en circulación mayor copia de materiales científicos. Gerardo de Cremona casi pertenece á España, puesto que pasó en Toledo la mayor parte de su vida, y en Toledo llevó á cabo sus innumerables traducciones, que se extienden á todos los ramos de la ciencia, y forman juntas una especie de enciclopedia. Entre ellas figuran, traducidas siempre de fuente arábigo, las *Esféricas* de Teodosio y de Menelao, el libro de Alkindi *De Adspēctibus*, los *Rudimentos de Astronomía de Alfergán*, con el título *De agregationibus stellarum*, el *Almagesto* de Ptolomeo (la más importante y la más conocida de estas versiones), el Comentario del astrónomo español Geber á dicho *Almagesto*, las Tablas de Azarquiel, y otros muchos libros astronómicos. Entre los que siguieron sus huellas es célebre Miguel Scoto, gran privado del emperador Federico II.

(Nota de esta edición.)

<sup>1</sup> Y si alguien lo duda, lea el extenso y magistral estudio del P. Tailhan contra Dozy, sobre las *Bibliotecas Españolas del primer periodo de la Edad Media*. (Nota de esta edición.)

zas. Que entre los cristianos no sometidos duraban de igual modo las ciencias teológico-filosóficas, nos lo demuestran Elipando y Félix, Heterio y San Beato de Liébana, Claudio de Turín y Prudencio Galindo. Repito que hay en el mundo algo más que astronomía. Prescindamos, por otra parte, de la opinión eruditamente sostenida por nuestro Simonet y otros orientalistas, según los cuales, mucha de la que pasa por ciencia árabe es ciencia *mozárabe* y de cristianos renegados, de suerte que, en vez de infiltrarse el saber árabe (que al tiempo de la conquista no era gran cosa) en el pueblo vencido, se infiltró en el pueblo vencedor la poderosa ciencia hispano-romana de la era visigótica. Alguna exageración habrá en esto, pero hay hechos que hablan muy alto. Alpetragio, por ejemplo, el más original de los astrónomos árabes, era un renegado español. Y, por otra parte, sábase muy bien hoy que Gerberto (después Silvestre II) no se educó con los árabes, como parece indicar el Sr. Perojo, sino bajo el magisterio de Ato ó Athón, obispo de Vich, en Cataluña, es decir, en la parte de España que menos tiempo estuvo sometida y menos participó de la influencia sarracena; y lo que Athón le enseñó, no pudo ser otra cosa que la ciencia *isidoriana*, mejorada y ampliada.

El segundo *lapsus* es la inocente repetición de aquel cuento de viejas con que historiadores sin crítica pretendieron obscurecer el nombre de Alfonso el Sabio, cuento que han repetido otros en son de elogio. ¿Qué cronista contemporáneo

del Sabio Rey asevera semejante patraña? ¿Cómo había de decir Alfonso la blasfemia que se le atribuye (es decir, que si él hubiera asistido á la creación del Mundo, éste hubiera salido mejor ordenado), él, que, lejos de ser *despreocupado*, ó seáse impío, cantaba con la devoción más pura y candorosa los loores de Nuestra Señora; él, que, como legislador, tan altos puso los derechos de la Iglesia? ¡Ah! No busquen los *contemporáneos* antecesores tan ilustres como Alfonso el Sabio.

Resumen de lo que el Sr. Perojo dice en esta sección: «En astronomía fuimos los maestros de Europa» Y luego añade: «Decaimos en el siglo XVI». Y pregunta *¿por qué?*, sin reparar que él ha respondido pocas líneas antes con decir: «*Es difícil mantener ab aeterno esta posición, porque las ciencias no se casan con ningún pueblo, y no siempre habíamos de guiar al mundo*». Pues ¿qué es esto sino lo que decimos nosotros? A todo gran desarrollo sigue inevitablemente la decadencia; y cuanto mayor es el primero, más terrible es la segunda. Todo lo cual equivale á decir que la astronomía, que había estado algunos siglos entre nosotros, se fué á visitar otros países; y en cambio vinieron á nuestra casa huéspedes nuevos. Ni más ni menos.

<sup>1</sup> El marqués de Mondéjar, en sus *Memorias Históricas de Alfonso el Sabio* (página 637 y siguientes), prueba eruditamente que el inventor de esta calumnia fué el rey de Aragón, Don Pedro IV el Ceremonioso, como ya había indicado Zurita.

(Nota de esta edición.)

Lo de la Inquisición (repítolo por centésima vez) es falso. La Inquisición española no persiguió á ningún astrónomo. Cíteme uno el Sr. Perojo, y le daré las gracias. Lo demás es andarse por las ramas. Nosotros no fuimos los que condenaron el sistema de Copérnico, hasta que vino de Roma el decreto de la Congregación Apostólica que prohibía enseñarle como tesis. Entonces hicimos lo que todo el pueblo católico: someternos. Hasta entonces la Inquisición no había tomado cartas en el asunto, y más de un español había enseñado y defendido el sistema famoso. Ahí está Diego de Estúñiga en su *Comentario á Job*, que no me dejará mentir<sup>1</sup>. Cuando Roma condenó el

<sup>1</sup> Diego de Zúñiga (fraile Agustino, por cierto) defiende de esta manera su tesis de que «el movimiento de la tierra no es contra la Escritura»:

«Nec dubium est quin longe medius et certius planetarum loca ex Copernici doctrina quam ex Ptolomaei magna compositione et aliorum placitis reperiantur. Certum est enim Ptolomaeum non potuisse neque aequinoctiorum motum explicare, neque ostendere certum et stabile anni principium.... idque inveniendum reliquit in posterum ab astrologis iis, qui observationes maiore quam ipse intervallo distantes possent comparare. Et quamquam Alphonsini et Thebit Ben Core explicare lentarunt, nihil tamen profecisse constat; nam Alphonsinorum positiones inter se pugnant, ut probat Riccius: Thebit autem ratio, licet acutior sit, et ex ea stabile tradat anni principium, id quod Ptolomaeus desiderabat; tandem iam apparet aequinoctia longius progressa fuisse quam ipse opinabatur progredi posse. Tum sol multo propinquior esse nobis cognoscitur quam erat olim, plus quadraginta millia stadiorum. Cujus motus rationem neque Ptolomaeus neque alii astrologi cognoverunt.... Denique, nullus dabitur Scripturae Sanctae locus qui tam aperte dicat terram non moveri quam hic (v. 6, cap. ix, Job: «Qui commovet terram de loco suo...») moveri dicit.»

(Nota de esta edición.)

trozo de este libro que se refiere al sistema del mundo, la Inquisición (que hasta entonces le había dejado correr sin reparo) le puso en sus Índices con la frase *donec corrigatur*, pero advirtiéndole que no era prohibición suya, sino de la Santa Sede, con lo cual ni prejuzgaba la cuestión ni hacía otra cosa que cumplir una orden superior.

No fuimos de los que perseguimos á Galileo, ni sé de dónde ha sacado el señor del Perojo tan estúpida noticia. A Galileo le procesó la Inquisición romana, y si en el tribunal había algún español, no por eso diremos que á Galileo le procesó España, porque ni uno, ni dos, ni veinte españoles, y más estando fuera de su tierra, son España.

Lo que pasaba entre los españoles, de España, se lo voy á contar ahora al Sr. Perojo:

En 1574 publicaba por primera vez, y en 1581 reimprimía, Fr. Diego de Zúñiga, sus *Comentaria in librum Job*, donde francamente profesa la doctrina copernicana, como la más científica y la más acomodada á la letra de la Sagrada Escritura.

En 1584, el arquitecto Juan de Herrera, fundador de una Academia de Matemáticas protegida por Felipe II, hace á Cristóbal de Salazar, secretario de la embajada de Venecia, entre otros encargos de libros, el siguiente: «Si el Copérnico se hubiere traducido en vulgar, se me envíe uno». La petición de que el libro fuese en vulgar, se explica, porque era estatuto de aquella Aca-



demia el que las lecciones no fuesen en lengua latina, como destinadas que estaban principalmente para soldados y gente que no había roto bayetas en los bancos de las universidades. Como muchos de ellos habían andado por Italia, una traducción en vulgar italiano les era tan inteligible como en lengua propia, y por eso Herrera pregunta si existe.

En 1594, D. Juan de Zúñiga, *del Consejo Real de la Inquisición, y posteriormente Inquisidor General y Obispo de Cartagena* (¡un Herodes!), al reformar, como visitador, por comisión de Felipe II, los estudios de la Universidad de Salamanca, plantea en ella una verdadera facultad de Ciencias, mandando enseñar el Arte Militar, la Náutica, *la Astronomía Moderna*, la Geografía, la Gnomónica, señalando, como texto para la parte astronómica, á *Nicolás Copérnico*, Purbach, Clavio y Regio-Montano. No se negará que este inquisidor era persona bastante ilustrada y tratable, para haber vivido en tiempos tan tenebrosos.

En 1606, Andrés de Céspedes tenía ya compuestas unas *Teóricas que contienen tres partes: en la primera, las Teóricas según la doctrina de Copérnico: en la segunda se declara, según nuestras observaciones, la causa porque van errados los movimientos del sol y luna, así en Copérnico como en el rey D. Alonso: en la tercera se dice de las estaciones de los Planetas, con un tratado de Paralaxis.*

Antes de 1608, fecha en que el astrónomo castellano Suárez Argüello imprimió sus *Efemérides*

arregladas al meridiano de Madrid, el P. Andrés de León, de los Clérigos menores, tenía corregidas las Tablas Alfonsinas, procurando *ajustarlas con las observaciones de Copérnico y Tycho-Brabe*, según dice el mismo Argüello.

En 1641, el matemático Francisco García Ventanas, natural de Ciudad-Rodrigo, en el prólogo de sus *Tabulae Alphonsinae perpetuae motuum coelestium denuo restitutae et illustratae*, cita con elogio los nombres de *Copérnico, Tycho-Brabe y Keplero*, que «con las observaciones *perficionaron el arte*».

En 1673 (nótese la fecha), el Dr. Lázaro de Flores publica su tratado de *Navegación astronómica, teórica y práctica*, basado en las teorías de Copérnico y Tycho-Brabe.

¿A qué amontonar más testimonios?

Y á propósito de Galileo, no sé cómo el señor del Perojo concebirá el desarrollo de las ciencias astronómicas en Italia, donde se procesó á un copernicano y se quemó á Giordano Bruno, que también lo era. Aquí tendría alguna probabilidad su teoría; pero los hechos la contrarrestan, porque los hechos son *ultramontanos*, y nos dicen á voz en cuello que Italia, *perseguidora de astrónomos y matemáticos*, es la patria de Maurólico, de Comandino, de Benedetti, de Tartaglia, de Cardano, de Cavalieri, de Galileo, de Cassini, de Mascheroni, de Lagrange y de tantos otros que apenas puede retener la memoria. ¡Y, sin embargo, se persiguió á Galileo, el más grande de todos ellos! Luego